

interrumpa vuestro placer, para preguntaros con el Crisóstomo, ¿qué aprecio hacéis de tan excelsa dignidad? en qué podré distingueros de los miserables infieles? Vosotros frecuentáis los mismos lugares, profesáis la misma vanidad, manifestáis el mismo lujo, buscáis las mismas diversiones, usáis el mismo lenguaje, amáis los mismos deleites, imitáis en un todo sus abominables costumbres: ni en el teatro, ni aún en el templo descubro la menor cosa que os distinga. *O rem plenam doloris atque lacrimarum!* ni aún llegáis á distingueros de las bestias, sino en que cada una de ellas suele tener un vicio particular y vosotros reuniendo los vicios de todas, excedéis incomparablemente su irracionalidad y estupidez. Aún dice mucho mas este orador elocuentísimo; pero yo no me resuelvo á repetirlo, porque me es muy difícil creer que hayáis oscurecido tanto la gloria de vuestra Religión. Ahora mismo dais pruebas nada equívocas de vuestra gratitud á las grandes misericordias del Señor. Alabanzas y bendiciones, decís todos, gracias y gloria sean dadas por todas las criaturas al Dios que tanto nos engrandece: bendito sea el Dios de Israel, que se ha dignado visitar y redimir con tanto amor á su querido pueblo: bendita sea esta gloriosa Vírgen que hizo el mayor sacrificio para conciliarnos con nuestro Dios: *Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israël, tu honorificentia populi nostri.* Colocados bajo la proteccion de Jesus y María, les dais continuamente la gloria que se merecen; explicáis á vuestros hijos este admirable misterio; llamáis la atención de todos vuestros hermanos en estas solemnidades religiosas; y cuando mas admiran vuestro celo, les decís: « hé aquí el origen de toda nuestra felicidad: nosotros, como los ciegos gentiles, éramos enemigos de Dios, esclavos del demonio, reos de su misma condenación, incapaces de remedio; pero el Señor se compadeció de nuestra miseria, y á costa de su gloria nos ha redimido, nos une á sí con los vínculos del amor mas generoso, nos hace participantes de todas sus bendiciones y felicidades. Este es el gran misterio de las misericordias que se obra en el casto seno de María. Gloria sea dada al Dios de bondad, gloria á su bendita madre, y gloria á todos los que agradezcan é imiten su caridad por los siglos de los siglos. » Amen.

SERMON

DE LA

ANUNCIACION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

(DE BORDOY.)

Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?
¿Cómo será esto, porque no conozco varon?

S. Lucas, c. 1. v. 34.

Nada mas grato al corazon piadoso, que el contemplar á la santísima vírgen María llena de las bendiciones divinas. Bajo de cualquier punto de vista que la contemplemos, y en cualquier período de su vida que la observemos, se nos ofrece siempre un ser puro y noble, un alma inmaculada y perfecta, un corazon excelso y candoroso, un conjunto en fin de riquezas y preciosidades, cual no es dado poder encontrar en ninguna otra criatura. María es por cierto la obra de Dios; y en ella se descubren el empeño y esfuerzos de su omnipotencia divina en hermosearla y engrandecerla. Si en lo temporal hay beneficios de orden superior, á María se conceden; si en la distribucion de las gracias hay finezas particulares y exquisitas, á María se prodigan; y si en la ejecucion de los designios de misericordia que ha formado el Señor, hay puestos elevadísimos á que pueda sublimarse una pura criatura, María es la llamada para ocuparlos. El misterio de hoy nos patentiza estas grandes verdades. Herido Dios de amor para con los hombres, quiere que su Hijo unigénito se revista de la naturaleza humana; que habite corporalmente entre nosotros, y sea para nosotros la salud y redencion. Obra grande que ha sido la espectacion de todos los

siglos y objeto de los fervorosos deseos de todos los justos de la tierra : prodigio estupendo é inaudito, que aunque no pueda comprenderlo el orgullo del hombre, no deja por eso de ser la maravilla mas excelsa del poder y clemencia de todo un Dios. Pero ese prodigio y maravilla se obran en el seno purísimo de la virgen María. Aquí se cumplen todos los oráculos y profecías ; aquí se realizan todos los emblemas y figuras ; y aquí se dan el ósculo eterno la justicia y la paz. De la sangre purísima que en este seno se encierra, forma el Espíritu santo el cuerpo mas hermoso de los hijos de los hombres, la carne del divino Emanuel, del dominador de Jacob, y señor absoluto y universal de todo el mundo. Desde este momento, ¡ á qué dignidad tan altísima eleva Dios á María ! en qué esfera tan superior la coloca ! Entra luego en el goce de los derechos de madre suya, pues que concibe á Jesus, que es Dios y hombre verdadero.

Pero si descubrimos en el misterio de hoy los esfuerzos de Dios en favorecer y ensalzar á María, observemos tambien el empeño decidido de la Señora en agradarle y merecer en cierta manera sus supremas confianzas. Nada ocupaba á María sino Dios ; nada anhelaba sino Dios ; ni amaba otra cosa sino á Dios. Los dones que su divina Majestad habia depositado en sus manos, se los devolvía con usura ; y cada instante de su vida eran prodigiosos aumentos de justicia y santidad. ¿ Qué otra criatura pudo ofrecerse á los ojos de Dios, ni mas pura, ni mas santa, ni mas perfecta, ni mas inmaculada ? ¿ Cómo pues, queriendo Dios escogerse una madre, dejaría de llamar su atencion la que de tantas maneras procuraba agradarle, y asemejarse á él con el ejercicio de las mas sublimes virtudes ? Pero ¿ cuál de sus dones quiso coronar el Señor en María, encarnándose su unigénito Hijo en su purísimo seno ? ¿ Qué virtud en especial fué el poderoso reclamo que le atrajo á entrar en sus purísimas entrañas ? Yo os lo diré con san Bernardo, la virginidad : *virginitate placuit*. Esta bella virtud fué, digámoslo así, el fundamento de la elevacion de María en el misterio de hoy, y la maternidad divina fué en cierto modo su premio y galardón. Asunto que para tratarlo yo con el decoro y dignidad que se merece, necesito muy mucho las luces y auxilio del Espíritu santo. Ayudádme todos á implorarlas por la mediacion de la misma Señora, saludándola con las palabras con que la saludó el ángel en este dia llamándola llena de gracia. *Ave María*.

Si en la eleccion que hizo Dios de María para ser madre suya, se hubiera dirigido por las máximas de la prudencia humana, diríamos que la Señora arrebató su particular cariño por su ilustre nacimiento y antigua nobleza. Con efecto por las venas de María circulaba la sangre mas pura del universo ; nadie podía competir con ella en los timbres y blasones de su excelso linaje ; contaba entre sus progenitores patriarcas, profetas y reyes ; y sus derechos podian algun dia sentarla en un trono augusto, ceñida su cabeza con la diadema mas brillante. Pero todas estas prerogativas y distinciones que el mundo codicia con tanta ansia, nada valen á los ojos de Dios, que abiertamente reprueba y condena el espíritu del siglo y las máximas de la carne. Nada grande ve en nosotros el Señor, sino los dones de su gracia ; y somos tanto mas dignos de su aprecio, cuanto mas procuramos limpiar y santificar nuestras almas. La santidad sola es el único derecho con que podemos aspirar á la verdadera grandeza ; y cualquiera otro título que presentemos, es atraernos el enojo divino y nuestra ruína y envilecimiento. Pero ninguna otra criatura ha sido mas santa que la purísima virgen María : inmaculada en su concepcion, su alma pura fué el terreno feliz en donde brotaron las mas sublimes virtudes. El esplendor de su inocencia no se eclipsó jamas, y su corazón nunca conoció treguas en el servicio de su Criador. Hé aquí el dardo agudo y penetrante con que habia herido María á su Dios, cuando este trataba de darse una madre ; y hé aquí la razon que inclinó al Señor para elevarla á tan alta dignidad.

Pero entre este cúmulo inmenso de perfecciones que hermoseaban el alma bella de la santísima Virgen, y formaban el cuadro precioso de su extraordinaria santidad, una es la que descollaba entre las demas y se mereció en particular el cariño y predileccion del Señor. La virginidad, esta virtud sublime y angelical, era el adorno mas precioso de María, y el diamante que, engastado en su corona, brillaba como sol entre las estrellas. Cuánto se apresuró á ofrecerla al Señor ! Conociendo que Dios es infinitamente puro, y que tiene sus particulares delicias en morar en corazones limpios y castos, ya no se ocupa, sino en prepararle en sí misma una habitacion, que sea digna de su infinita pureza y santidad. Apartada desde su infancia de la vis-

ta de los hombres, educada con esmero á la sombra del santuario, y desde la cuna ofrecida al Señor en el templo, no titubea en presentarse ante su altar, como víctima y holocausto que debe consumirse y sacrificarse en obsequio de su Criador. Allí coloca la augusta ofrenda de su pureza y virginidad; allí cierra para siempre su corazón á los atractivos de la carne; y desde allí su alma grande impone perpetuo silencio á la naturaleza. Qué espectáculo tan grandioso é imponente! Una jóven la mas hermosa y bella de las mujeres, á quien nadie iguala en lo esclarecido del linaje, ni en los dotes y prendas de cuerpo y alma; una jóven que solo con presentarse infunde respeto á los que la observan, y que puede aspirar á un enlace feliz y ventajosísimo, renuncia todas esas halagüeñas esperanzas, y prefiere su virginidad á todas las riquezas y embelesos del mundo; y eso en unos tiempos en que esa sublime virtud no se conocia, y que aún las estériles eran miradas como el oprobio de su pueblo. Oh! ¡cuánto agradaría á un Dios infinitamente puro la singular pureza de María! cómo se apresuraria á engrandecerla y premiarla! Acércate, le diria, paloma mia, azucena mia, acércate; el esplendor de tu virginidad ha robado mi afición; y el estupendo prodigio que voy á obrar en tu seno, será su premio y galardón.

Pero nunca se conoció mas claramente la altura á que habia llegado la pureza de María, y cuánto montaba en su juicio y estimación ese don precioso, que cuando Dios quiso llevar á cabo la grande obra de la encarnación del divino Verbo. Entónces se le presenta un ángel, que le anuncia ser ella la escogida para concebir y dar á luz al libertador de Israel y salvador de todo el mundo. Pero no obstante ser un ángel, María se agita y se perturba. La práctica que siempre habia seguido de no tener trato ni comunicación sino con solo Dios; la ley que se habia impuesto de no acomodarse nunca á los estilos y usanzas del siglo; la exacta y severa regularidad en sus costumbres; el nimio cuidado que ponía en el cumplimiento de los mas mínimos deberes de decencia, y el pudor y recato que le eran connaturales; ved ahí lo que la alarma, sin embargo de ser ángel el que se pone á su presencia. Bien podia estar segura de que un espíritu celestial solo venia para ofrecerle los dones y protección del Altísimo; pero era tal su delicadeza en la conservación de su virginidad, que aún con este motivo no pudo tranquilizarse

su corazón; y no se desdenó la Señora de manifestar en su rostro las señales de su perturbación y temor; carácter verdadero de una vírgen que quiere permanecer fiel á su Dios.

No creáis por eso, señores, que haya apurado ya los motivos de sobresalto que conmovieron á la Señora, cuando se le presentó el ángel. Las palabras que este le dirige, aumentan aún mas su agitación y temor. *Yo te saludo, le dice, llena de gracia; el Señor está contigo, y eres bendita entre todas las mujeres.* ¡Qué expresiones tan magníficas, y qué saludo tan sublime y grandioso! ¿Á qué otro justo de la tierra se le ha dado nunca un testimonio mas auténtico y honorífico de la benevolencia y protección del Altísimo? Pero anuncio tan feliz no aquietó el corazón de María: cuidadosa siempre y vigilante de que su pureza y virginidad no padecan menoscabo, se ruboriza y sobresalta, dice san Bernardo, al oír cómo el ángel le daba las bendiciones de las mujeres, cuando ella únicamente quiere las bendiciones de las vírgenes. Entónces llenándose de temor y congoja repasa en su memoria los solemnes empeños que desde su infancia ha contraído con el Señor, y la solemne promesa que le juró al pié de los altares de mantenerse pura y siempre fiel. Qué fluctuación! qué momentos de aflicción y tristeza! Ni la protección de todo un Dios, ni la presencia de un ángel acaban de tranquilizar su conmovido corazón; teme siempre alguna ilusión ó engaño, y su espíritu vuelve otra vez á sus temores y dudas. Entónces exclama: vos sabéis, ó Dios mio, que he pasado mi infancia en el secreto de vuestro santuario; que la inocencia ha sido siempre la compañera de mis pasos; que la virginidad me pareció una ofrenda digna de vos; y que vos mismo aceptasteis mi sacrificio; ¿cómo pues será posible que deje ahora de seros agradable? ¿Por qué ese ángel no empeña vuestra palabra de conservarme intacto ese don, que con tanto gusto puse en vuestras manos?

Pero no queráis temer, Vírgen purísima: ni Dios ni el ángel intentan menoscabar vuestra virginal pureza. Dios quiere únicamente premiarla, y el ángel os anuncia el galardón. En vuestras virginales entrañas se concebirá un hijo, que será el Salvador del mundo. Un hijo, el verdadero Mesías, que anunciaron tantos oráculos, y representaron tantas figuras. Un hijo, cuyo imperio se extenderá hasta los confines del mundo; á quien prestarán homenaje todos los pueblos y naciones; y por

él reinarán los príncipes mas poderosos. En torno de su trono todas las cosas mudarán, pero él no mudará jamas; á su presencia se arruinarán y desvanecerán como humo los reinos mas florecientes; pero él, vencedor del tiempo, nunca acabará. En una palabra, en vuestras virginales entrañas se concebirá un hijo, que lo será del Altísimo, Dios como su Padre, consustancial á él, eterno, infinito, omnipotente. Hasta ahora la iniquidad del mundo ha impedido su venida; hasta ahora la torpeza y desenfreno, que inficionan toda la tierra, han cerrado el camino al Justo. Pero las voces, Señora, de vuestra pureza han clamado mas alto que todas las prevaricaciones de los pecadores; han derribado los muros de bronce que estorbaban el curso á la beneficencia divina; y vos, sí, vos, Señora, seréis madre de un hijo, á quien llamaréis Jesus.

Yo madre, dice María al ángel, yo madre de mi Dios? Para mí sería un honor mas que bastante el ser su sierva y esclava. Tú sabes cuánto le amo, cuánto le adoro. ¡Qué satisfaccion sería para mí el poderle tener entre mis brazos, estrecharle contra mí pecho, imprimir en sus mejillas dulces ósculos de amor, enjugarle sus lágrimas, participar de sus penas, mezclar mi llanto con su sangre, y el atreverme á llamarle hijo mio, mientras que él me llamaría madre suya! Pero tú no ignoras lo que le juré al pié de los altares en medio de su templo; y yo aprecio mas agradarle, que poderle mandar. Ah! si los designios que Dios ha formado sobre su sierva, no pueden cumplirse sin comprometer una virtud que me es tan cara, yo dejo para las mujeres de Israel sus bendiciones, objeto de todos sus deseos; prefiero el ser vírgen á la maternidad divina, queriendo mas bien concebir á mi Dios en mi corazon, que no en mi seno.

Pero tranquilizáos, Señora, diré otra vez: alejád de vuestro pecho esas dudas y temores: vos seréis madre sin detrimento de vuestra virginidad: no se os arrebatará esa joya preciosa que vos tanto estimáis. Preguntád si no al ángel, ¿cómo podrá ser esto, no conociendo vos á varon alguno? que él inmediatamente os recordará, que nada hay imposible á Dios en cumplimiento de su divina voluntad, os hará observar que si á pesar de la esterilidad de vuestra prima Isabel está no obstante próxima á parir, no será difícil al Señor daros un hijo sin embargo de vuestra virginidad; os declarará que así como una vírgen no puede concebir siendo vírgen, sino á un Dios, así Dios, que

quiere encarnarse, no puede nacer sino de una vírgen: os dirá que muy léjos de perder vuestra virginidad, luego que lleguéis á ser madre de Dios, nunca lo seriais, si hubieseis de dejar un solo momento de ser vírgen: y finalmente os asegurará, que la virtud del Altísimo os cubrirá con su sombra; que el Espíritu santo descenderá en vuestro seno; y que el fruto que en él llevaréis, será obra de su amor y poder. ¡Qué motivos tan poderosos para calmar vuestra inquietud y zozobra! La maternidad divina nunca ofuscará el lustre y esplendor de vuestra virginidad, ántes bien la hará infinitamente mas gloriosa, por la mansión que Dios hará en vos. Si Dios viene á habitar en vuestro seno, es porque vos sois enteramente pura, y no, nunca seriais el santuario de su gloria, si vuestro corazon no fuera el templo, en donde reside el Espíritu de pureza y de santidad.

Ó pureza! exclamaré ahora, ¿cuándo se ofreció en tu altar víctima mas pura é inmaculada? Y eso, cuando no tenia la Señora ejemplos que imitar, ni elogios que esperar. ¡Qué célebres fueron las famosas heroínas de Israel! Pero les fué enteramente desconocida esta sublime virtud. Á sola María estaba reservada tamaña empresa; ella sola debia abrir ese nuevo camino, y conducir por él á su Amado un inmenso ejército de vírgenes, que, adornadas con vestiduras blancas, entonaran al Cordero los cánticos de sus alabanzas: *Adducentur regi virgines post eam*. Despues de María... Pero por vos, Señora, vino al mundo su salud, su alegría y su ornamento. El Hijo que en este dia, siendo vos vírgen, concebisteis, disipó las densas sombras del error que nos cubrian; rompió las cadenas de esclavitud que nos aprisionaban; y nos marcó con el glorioso distintivo de ovejas suyas. Oh! ¡cómo es cumplido nuestro gozo en llamaros ahora vírgen madre de Jesus, y corredentora del linaje humano! (1)

(1) Aquí evidentemente falta algo para la conclusion, porque solo se pone lo que el orador pronunció en la catedral, donde hay la costumbre de tocar una campanilla, cuando se quiere que no continúe mas el predicador. EL EDITOR.